



Columna



Álvaro Lira  
Ingeniero Civil Industrial

## Falta voluntad y dirección

Escribo esta columna con nostalgia –no por los nombres que ya no están– sino por su sentido. La fórmula es la misma, pero los operadores y los símbolos han cambiado. Ahí está el problema: el progresismo aparenta unidad mientras sus partidos brochean pinturas aguachentas con los conchos del arcoíris que alguna vez pintaron en conjunto, perdiendo identidad en nombre de una gobernabilidad de almas indistintas.

**Quedan los de siempre: los que toman la micro o el metro, los que no se saltan el torniquete, los que pagan sagradamente el pasaje, la luz, el agua...**

La Concertación ha caído en una zanja, y desde allí el Partido Comunista se alza con comodidad, parado sobre hombros y cabezas que, por temor a quedar fuera –y en respeto a la palabra empeñada– se lo permiten. Todos quieren subirse al bus de acercamiento a La Moneda y juran que va “derechito” por la vía exclusiva, aunque quien va al volante –y lo sabemos– gira hacia donde solo ellos saben ir.

El ají en la solapa se secó. Ya veremos qué nuevo prendedor se prende al saco.

El centro político se desvanece. Pero no solo como lugar de

equilibrio electoral, sino como espacio simbólico: allí donde antes habitaban el disenso razonado, la convivencia en la diferencia, la pausa reflexiva. En su lugar, los ocupas ideológicos han hecho de las suyas. Y no extraña que la rebeldía –tan propia de los jóvenes– se desplace hacia la derecha, buscando, al menos, el gesto incómodo de disentir.

La derecha tradicional está debilitada. Más le valdría bajarse con dignidad y empujar una lista única parlamentaria, antes que tratar de llegar en Uber, tarde y con tarifa dinámica.

Aun así, quedan los de siempre: los que toman la micro o el metro, los que no se saltan el torniquete, los que pagan sagradamente el pasaje, la luz, el agua, las contribuciones. Los que no compartieron el “aprobar para reformar”. Los que observan. Y que, cuando llegue el momento, esperarán en el paradero aquella micro que diga con claridad a dónde quiere ir. Y si no les sirve, esperarán otra. Sin rodeos, sin desvíos, sin que los dejen botados a diez cuadras de distancia.

Porque si el pollo Mike vivió un año y medio sin cabeza, no debería sorprendernos que un país lo haga también. Falta poco para las próximas elecciones, y todavía siguen vivos... y andan caminando por ahí.

El cuerpo sigue caminando. Lo que falta es voluntad. Y dirección.